

Extracte del diari "El Alcázar" publicat poc después dels aiguats del 25 de setembre de 1962

DOLOR EN CATALUÑA

No puede reducirse a simples números ni a parciales imágenes fotográficas la magnitud de la catástrofe que hoy ha sumido en el dolor y la tragedia a las comarcas barcelonesas del Vallés y del Prat y que ha conmovido la fibra sensible de todo el pueblo español. El drama se ha centrado con mayor crudeza en lo humano en la riera de Rubí, población que pertenece al Municipio de Tarrasa, así como el mayor perjuicio económico ha recaído en Sabadell y sus alrededores. La reacción de todos los que viven en las comarcas afectadas, sembradas hoy de luto, ha sido inmediata, en la línea de una excepcional solidaridad.

DESOLACIÓN Y LÁGRIMAS

Es tan grande la tragedia que ha asolado la región catalana del Valles, que las cifras y las precisiones de pérdidas se nublan ante las mil y una historias de lágrimas que envuelven a familias diezmadas por la riada. Hombres, mujeres y niños, que se han visto separados por la catástrofe, lloran o piensan en cualquier rincón, en cualquier lugar adonde les han conducido para apartarlos provisionalmente de sus hogares, la mayor parte de ellos desaparecidos bajo las aguas o destruidos por la violencia de los torrentes. La desolación es la misma en cualquiera de estos pueblos cercanos a Barcelona, donde hace tres días relucían las fiestas y los ánimos y ahora sólo hay barro, escombros y lágrimas. Cada caso es un drama aislado, en el que se ha roto una vida o una ilusión. Todos los casos juntos son esta tremenda catástrofe, donde han muerto cientos de españoles y miles de ellos han quedado sin techo y sin trabajo.

LOS RÍOS Y LAS NUBES SE HAN JUNTADO

Comenzó a las once. Las buenas gentes, cansadas de un verano extremado, salieron a la calle para mejor gozar del espectáculo de la lluvia. La tierra olía inéditamente a humedad. Se respiraba mejor. El cuerpo agradecía la caricia y todos estaban contentos.

Pero la lluvia arreció y hubo que entrar en casa. Siguió arreciando y fue preciso entornar las contraventanas.

Furiosa, airada y atormentadamente se abrieron los cielos, cayendo en cataratas sobre hombres y árboles, fábricas y hogares. Los ríos, como el Besos y el Llobregat rompieron amarras de cauces y salieron a campo abierto como mares en marcha, arrolladores, brutales. Las hondonadas secas e inofensivas del Ripoll y la ribera de San Filipo se llenaron de empuje, barro y espuma, lanzadas al asalto de la tierra. De las cumbres del San Lorenzo bajaron, como jinetes de un Apocalipsis pasado por agua, furibundas torrenteras ávidas de desolación. Incluso resucitaron riachuelos muertos, como Las Fonts, de Tarrasa.

De noche, con las comunicaciones cortadas, sin luz e inesperadamente, ríos y nubes se juntaron, y comenzó la trágica cosecha de muertos y desaparecidos, de hundimientos y ayes, de destrucción y pavor.

En Tarrasa, los coches quedaban aplastados contra las paredes. Flotaban mesas. En un bar, el agua fue subiendo y no bastó trepar al mostrador, colgarse del techo: la muerte llamaba y cobró su parte.

Sobran las palabras. Las fotografías—campos anegados, hogares hundidos, barro sobre los humildes enseres—dicen lo que nosotros somos incapaces de decir.

El río Besos tiene muy breve curso hasta su desembocadura en el Mediterráneo: los diecisiete kilómetros que hay entre la confluencia de los ríos Mogent y Congost y el pueblo de San Adrián, a cinco kilómetros de Barcelona. También recibe por la derecha las ramblas, mas que ríos, de Caldas y Ripoll.

El río Besos va seco o casi seco la mayor parte del año, debido a las grandes filtraciones. Su caudal subterráneo sirve, en parte, para surtir a Barcelona de agua potable. El río Besos ha inundado varias veces, en lo que va de siglo, las casas de San Adrián, de ese mismo nombre.

POR CATALUÑA DOBLAN LAS CAMPANAS ANTE EL DOLOR DEL AGUA

El agua nuestra es desbocada como nuestro temperamento. Cuando los cielos de España, tan estreñidos de por sí, dicen que agua va, tiemblan los pájaros, se esconden los lagartos, parpadean de miedo los centenos. Y los hombres caen.

Agua fue en Valencia, y las palmeras bogaron como mástiles en naufragio.

Agua fue en Ribadelago, y las olas cubrieron las veletas.

Agua fue en Sevilla, y hubo que tocar a rebato.

Hoy suenan las campanas por Barcelona. Se han derrumbado los cielos del Valles. El Llobregat, tan reducido a norma, y el Besos han roto márgenes. Ha llovido con rabia, con ira, apretando espuelas hasta volcar doscientos litros sobre cada árbol, sobre cada hombre.

Barcelona, y Tarrasa, y Sabadell, y Rubí—el riñón funcional de las Españas—están heridas. Y recabamos nuestra parte de dolor como un derecho de solidaridad nacional, más que como un deber. Si compadecer es padecer conjuntamente, compadecemos al Valles enlutado. Hacemos nuestros sus muertos, su tristeza, sus pérdidas, su desolación.

Desde Madrid, y desde este periódico, pedimos oraciones para los muertos, asistencia para los necesitados y un amplio movimiento de solidaridad nacional. Como con Valencia, o Ribadelago, o Sevilla. Y si es posible más—de algo habrá de servimos la triste experiencia— mejor que mejor.

Por Cataluña doblan las campanas, pero habrán de oírse en todos los hogares españoles.

TRES MIL MILLONES DE PÉRDIDAS

Es difícil calcular en estos primeros momentos de estupor y de angustia las pérdidas que la catástrofe ha supuesto a la economía catalana y española. ¿Cómo precisar cifras exactas si esta es la hora en la que todavía no sabemos cuántos son muertos de los que damos por desaparecidos?

Los hombres cuentan primero. El valor de una vida no tiene precio. Pero no es menos cierto que las pérdidas económicas también habrá que contarlas, puesto que al hombre afectan.

Lo que sabemos cierto es que el núcleo de la tragedia debe localizarse en el Valles, y más concretamente en el triángulo que forman las ciudades de Tarrasa, Sabadell y Rubí, localidades distantes entre si de seis a diez kilómetros.

El hecho de que sea esta zona una de las más industriales de España, si no la más industrial, y la simple contemplación de nuestras fotografías bastan para pensar en cifras de muchos ceros. Por ejemplo, en tres mil millones. Y Dios quiera que la realidad nos rectifique diciendo que nos hemos pasado.